

## ARRIESGARSE

### I

Hay cuestiones que van planteándose periódicamente en la Historia, al modo de los «corsi e ricorsi» de Vico; otras hay también que en ciertos períodos revisten una agudeza especial: las circunstancias las impulsan y avivan.

El tema del riesgo tiene algo perenne, porque mientras haya hombres en este mundo, siempre habrá quienes sentirán el vértigo del riesgo; pero también tiene algo actual porque este problema endémico se ha convertido en un problema de hoy día con una muy especial agudeza.

La vida misma es un riesgo, porque todos nos sentimos inestables en nuestro ser. El animal no tiene esta sensación de riesgo. Puesto ante el peligro podrá reaccionar con el miedo y la retirada, o con el ataque a fondo, hasta su logro o hasta la pérdida de la vida; pero no es capaz de esta sensación típica del hombre, que es la del riesgo. De hecho el ser del animal se desarrolla en el plano «presente» de lo que está amurallado dentro de la materia y de lo finito: haga una cosa u otra, seguirá su trayectoria como una flor que después de crecer y dar su fruto se marchita y se deshace en polvo; lo único que puede hacer el animal es acelerar o retrasar algo este proceso fatal; aumentar un poquito o disminuir en algo este proceso de su ser; pero «plus et minus non mutant speciem», «el más y el menos no cambian la especie». Su ser no es capaz de una superación; pero tampoco es capaz de ser un aborto frustrado; una chispa que salida de la nada, brilla unos instantes y vuelve a la nada. Lo que apetece (finito y material) esto puede lograrlo; cuando lo ha logrado, ya no apetece más, porque no es capaz de más; se le ha dado lo que apetecía, y apetecía según lo que él es: material, finito. Su riesgo es mínimo, pues no arriesga la alternativa de mudarse en algo superior o de ser por el contrario eternamente un aborto, sino un riesgo que podríamos llamar insignificante. Por esto procede el animal con tanta seguridad de sí mismo porque es tan poco lo que arriesga, que en el fondo es como si no arriesgase casi nada.

Pero el caso del hombre es enteramente diverso e invita a reflexionar a quien quiera reflexionar sobre algo que vale la pena. Naturalmente hay períodos de la vida en que la actividad superior

del hombre apenas emerge sobre el orden de lo meramente animal: tal es el caso del *niño* que sólo empieza a tener uso de razón. Entonces, aun siendo hombre, de hecho tiene un comportamiento en que destaca más lo que tiene de común con el animal. También hay casos de hombres adultos (ciertos *primitivos* y *salvajes*) en los que ya sea por el ambiente, ya sea por deficiencias orgánicas, muy difícilmente y sólo en parte, emerge la zona superior humana: son como perpétuos niños en cuanto a la responsabilidad o conciencia. Su responsabilidad (hasta en el caso de que haya llegado a florecer suficientemente en ellos la vida moral) está tan menguada y tan cubierta por las neblinas de lo animal, que no es sorprendente que también se manifieste con mucha oscuridad en ellos el sentido del riesgo. Por esto los salvajes y los niños son capaces de reaccionar ante el peligro de modo bastante parecido al del animal: sin reflexión, sin ponderación de lo que se gana o pierde, sin sentimiento de lo que se juegan. Quizá nacerá en ellos el miedo y se retirarán, lo mismo que haría un perrito ante el mastín o ante el lobo amenazadores; pero será algo preferentemente irreflexivo, natural, como también será muy natural e irreflexiva la temeridad con que otras veces se arrojarán al ataque, si no reacciona su naturaleza con el miedo. Muy semejantes al niño y al hombre primitivo son a veces los hombres *degenerados*, aquellos que han llegado al final de la trayectoria del vicio. Tenían conciencia, pero lo mismo que con el vino se ahoga la razón, también puede ahogarse (culpablemente, claro está) la conciencia, embruteciéndola: tienen entonces la psicología del «desesperado»; creen que ya no hay salvación, ni pérdida, porque lo creen todo perdido y sin sentido: entonces actúan a lo loco. El desesperado ha perdido también junto con la esperanza, el sentido del riesgo, de modo muy semejante (en cuanto a ciertos efectos) al proceder del niño y del primitivo, y por esto el «desesperado» a veces ataca con ferocidad increíble, a fondo, a impulsos de los movimientos animales.

Muy diverso es el caso del hombre plenamente hombre. Así como el niño cuando emerge en él la chispa de la inteligencia espiritual, va abriéndose poco a la vida que es superior al horizonte de la materia, y se abre también al arte, se abre a la ciencia, se abre a la religión, de modo paralelo brota asimismo en él una conciencia oscura de que su ser corre un riesgo: que puede lograrse y puede frustrarse. Si no goza de ideas religiosas acertadas sobre el sentido de la vida (o si han quedado tan menguadas en él, que son inoperantes) se producen las clásicas desviaciones o sustitutivos de esta vivencia fundamental del riesgo: tal es la típica reacción del *avaro*, que amonтона por amontonar y asegura una probabilidad de probabilidades; o la reacción del que parece que sólo *vive para no morir*, obsesionado siempre con médicos y medicinas, evitando toda sombra de peligro; o la reacción más frecuente del *atolondramiento*, que en el fondo (hasta sin advertirlo plenamente) es el gesto del que va a ahogarse en el vino, o en el veneno, o en la incesante novedad de la distrac-

ción: es otro modo de esquivar la tristeza de la vida sin sentido, y olvidar el sentimiento del riesgo. En el fondo de todas estas actitudes hay un buen tanto de reacción ante el sentimiento del riesgo.

Es por otra parte algo esencial y fundamental cierto riesgo en la vida humana. Precisamente porque las actividades superiores del hombre, las específicamente humanas de conocimiento, de amor y de sentimiento espiritual, son capaces de un bien siempre mayor, con un proceso que sólo se cortaría con la posesión de un bien Infinito, que esencialmente no puede hallarse en el horizonte de la vida finita, material y perecedera, su «modo» propio de tender a Aquel que puede darle la plenitud y solidificación de su ser, no es el de «hacer» sino el «merecer». El ser no libre pasa de la potencia al acto con la operación necesaria de que es capaz y que lo «actúa» o «actualiza»; la operación y actuación del ser libre en cuanto libre, no es «hacer» sino «merecer». Pero el «merecer» es algo bipolar: se merece o se desmerece. Esto ya es correr un riesgo del todo propio: puede consolidar su ser, pero puede abortarlo. El hombre hasta examinado según lo que aparece en esta vida, es capaz de una bipolaridad que no aparece en el animal: puede su espíritu ascender en dirección al santo, o puede bajar en dirección al demonio; puede subir hacia la participación de la vida de Dios, o puede degenerarse hacia el animal. ¡Un animal ni es capaz de ser un santo sublime como Francisco de Asís o Catalina de Sena, ni de ser un degenerado: ya es simplemente y seguirá siendo lo que es: sólo animal. El hombre por el contrario a través de cualquier logro «parcial» (en su profesión, en su familia, en la riqueza, en la ciencia, en el gobierno, etc.) va estructurando lo específico del hombre en cuanto hombre: puede caer en la «desesperación» si ya da por perdido el riesgo fundamental que experimenta con su vivir, o caer en el endurecimiento del «fanatismo» creándose un mito cualquiera; o puede también al revés, afirmarse en la «esperanza» propia de aquel que caminando hacia una plenitud no presente, pero a la cual se endereza, ha dado respuesta adecuada al sentimiento de riesgo.

Y poseerá el hombre por siempre exactamente aquello que ha amado, aquello a que ha sometido todo el sentido de su ser: tanto si esto es un ídolo, que se declarará después insolvente y lo dejará abandonado como un perpétuo aborto, lo mismo que si al contrario con la firmeza de la posesión, se «solidifica» por siempre su ser potencial y mudable, a cubierto de todo riesgo. Ante los ojos de la Filosofía, lo mismo que ante los de la Revelación cristiana, el hombre es en este mundo esencialmente «viator», un itinerante, que por lo mismo corre esencialmente un riesgo mientras vive. Vivir es arriesgarse.

En el fondo, pues, de muchos planteamientos modernos sobre el riesgo, hay una problemática que no es de hoy (aunque los neologismos con que se pronuncie sean sólo de hoy) sino de siempre. El que se somete a la Fe (con la aportación indispensable de su recta

voluntad, porque la Fe es esencialmente «oscura», aunque por otro lado sea más que metafísicamente cierta) tiene la impresión de que hace algo así como si se «arriesgase»: deja la finitud presente, que aunque no le puede dar la felicidad, atrae no obstante, y que está al alcance de su mano; la deja, por una plenitud que no es percibida intuitivamente. El famoso «pari» de Pascal, o la «apuesta», no tiene (contrariamente a lo que han imaginado tantos como han escrito sobre él) el valor de una prueba de la existencia de Dios, sino el del planteamiento del «riesgo» que corre el ser libre, el cual no sólo es hijo de sus ideas, sino *cuyas ideas son hijas de lo que será como hombre*: vale la pena arriesgarse si es este el riesgo. Pero no sólo se arriesga el hombre al tomar posiciones ante lo más fundamental que es la Fe, sino aun dentro de la Fe misma, cabe la inmensa gama del perfeccionamiento espiritual, que es toda una gama de riesgos: el santo es el que lo ha jugado todo a una sola baza, al interesarse por lo demás, sí, pero sólo en cuanto conduzca a otro amor supremo en que está su «tesoro». Este decididamente lo ha arriesgado todo por el todo, a una sola carta, y una de las pruebas y merecimientos de su sacrificio será precisamente que a veces le ocurrirá que ha arriesgado su vida en vano.

En este sentido es obvio, muy obvio, que se hable del riesgo y de que hemos de arriesgarnos. No se arriesga aquel que no quiere tomar sobre sí la responsabilidad de la penosa decisión; anda esquivando la tristeza de toda elección, que siempre es eliminación de «un» bien. En este sentido arriesgarse es vivir de un modo plenamente consciente, como hombre pleno, que rechaza la solución pueril de compromiso, la del que querría estar bien a la vez con ambos bandos, y en realidad no posee plenamente los bienes de ninguno. El hombre perfecto, y el cristiano perfecto corre el riesgo a sabiendas, conscientemente, con decisión: «Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus. Nunc autem Christus resurrexit a mortuis, primitiae dormientium». «Si en esta vida solamente tenemos puesta en Cristo nuestra esperanza, somos los más dignos de lástima de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que ya reposan», dice San Pablo a los antiguos cristianos de Corinto (1.º, 15, 19-20). El mediocre (lo mismo que el niño), aquél cuya vida es «ir tirando» hace realmente lo que dice: «ir tirando»; pero ¿adónde tira? ¿para qué? No sabe, ni quiere saberlo, ni «comprometerse»; pero ya se ha comprometido; en realidad queda comprometido para el partido de los que no se comprometen, de los que renuncian más o menos al riesgo esencial de la vida, que como el molde es riesgo y fragua de la futura estatua; los tales, en la misma medida en que sea honda su posición de medias tintas, en el mismo grado frustran la vida por el miedo de frustrarla.

Esta es la verdad que hay en el fondo de lo que muchos dicen cuando nos hablan del «riesgo» y de «arriesgarse». Ven más o menos

claramente que hay una belleza muy grande en la actitud que consiste en querer vivir la vida plenamente consciente, como hombre, optando por el sentido de ella, darse uno, no esquivar la responsabilidad inevitable, no sorprenderse ante el dolor esencial que siente quien toma sobre sí un riesgo, pues este dolor es la enfermedad que es vivir:

«y otra enfermedad no esperes  
que te avise, pues tú eres  
tu mayor enfermedad»

como dijo el profundo genio de Calderón.

## II

La palabra «riesgo» aplicada a la vida humana y la frase «hay que arriesgarse», pueden tener otro sentido. Consistirían en decir: «el riesgo por el riesgo», «hay que arriesgarse por arriesgarse». Ya no sería tomar sobre sí la responsabilidad de la vida (actitud hermosa, plenamente humana, misión que nos ha confiado Dios al crear-nos libres en esta vida) sino cortar-le todo sentido ulterior: entonces ya se habría dado implícitamente una respuesta: el riesgo que era algo bueno y valioso como *medio* para un término que alcanzar, se convierte en *fin*; lo que era por tanto *un* motivo para actuar, uno solo (y por cierto sometido a los otros elementos decisivos y superiores: «arriesgarse *para...* poder así alcanzar el Bien») se convierte en *el* motivo supremo. En el fondo de esta actitud hay una posición de agnosticismo, colindante con cierta desesperación y con cierto fanatismo (los dos extremos se tocan). Es, por desgracia, una actitud muy frecuente hoy día, después de los progresivos deslizamientos que ha ido padeciendo la sociedad de Occidente por su culpa; pero por el mero hecho de que sea frecuente o que sea lo que adorna en sociedad, no se implica que sea precisamente acertado: puede tomar el aspecto bueno y bello que tenía la palabra «riesgo» y «arriesgarse» en el primer sentido, pero poco a poco ha ido deslizándose en este segundo. Y si malo era evitar el riesgo por zambullirse en la mediocridad del que no quiere comprometerse a nada, que no quiere jugar su ser por miedo a perderlo, mucho peor es sin comparación alguna, anular ya de antemano la posibilidad de que el riesgo pueda tener un sentido positivo, eliminar por decreto la posibilidad de que la inseguridad existencial presente pueda desembocar en una futura «consolidación».

## III

Una de estas desviaciones típicas se presenta hoy día en el campo *doctrinal*. No faltan quienes dicen: «para no quedar sumido en la mediocridad, hay que producir algo nuevo, arriesgarse, lanzarse, ser valiente...».

¿Qué quieren decir con esto? Hay que analizarlo bien, para no dejarse engañar. Indudablemente quien se lanza a llevar una solución doctrinal más lejos del término hasta donde se había llegado, por hipótesis echa a andar por una vereda no trillada aún: corre por tanto cierto riesgo. El que no se arriesga en este sentido, no saldrá del camino conocido; pero si lo conocido no va más lejos, no irá más lejos. ¿Quién va a negar que Santo Tomás de Aquino corrió cierto riesgo en el siglo XIII? Por un lado había un conjunto de elementos medievales, que para encerrarlos en un nombre (por lo demás inexacto) podríamos llamar «agustinismo medieval», el cual no había llevado hasta una fuerte sistematización el contenido filosófico y teológico de Occidente. Por otro lado soplaban los nuevos aires del descubrimiento de la Física y Metafísica de Aristóteles, que Averroes desviaba a perdidos derroteros: si el aquinatense hubiera rechazado todo riesgo y se hubiera encerrado en la cómoda posición de «ir tirando», no habría logrado darnos, ciertamente, su maravillosa estructuración doctrinal. Que corría con ello cierto riesgo, bien se vio por la reacción del Obispo de París, Esteban Tempier en 7 de marzo de 1277, y por todo lo que añade la historia del tomismo. Un riesgo parecido podría hallarse por ejemplo en el siglo XVI cuando los escolásticos de la segunda Edad de Oro advirtieron que los nominalistas habían caído en la desintegración por llevar demasiado lejos la reacción contra el platonismo de los «reales»: Suárez quiso formular un nuevo principio de fundamentación de la ciencia y de la Filosofía, que concediese a los nominales lo que había de verdad en el fondo de su exageración, negándolos por otro lado su agnosticismo metafísico: para ello había de evitar aquellas posiciones semi-platónicas que habían dado origen a la reacción del nominalismo, pero atribuyendo a los seres la capacidad, no como un ilimitado o universal que es ofrecido desde fuera a la mente, sino sólo fundamental, aptitudinal, de predicaciones necesarias, radicadas en la unidad del ser, ejemplarizado por el Creador o Causa Primera. Tanto riesgo corrió con ello que no sólo en vida sino aun después de su muerte y hoy día, cunden a su alrededor la incomprensión, la malevolencia, la ignorancia afectada. Como estos dos casos, podrían citarse muchos otros. Tal fue por ejemplo el de Belarmino, cuando enfrentándose con la problemática del protestantismo echó los cimientos de la moderna «Teología fundamental»; y que corrió cierto riesgo quedaría patente aunque sólo fuese recordando la reacción de Sixto V ante su doctrina sobre el poder temporal indirecto de los Papas.

Como consecuencia: quien hoy día quiera estar como ser vivo, haciendo frente al poder desintegrador ambiental, integrando por el contrario nuevos elementos en su síntesis vital, habrá de «decidir» en cada momento, habrá de «elegir» entre nuevos planteamientos, ya admitiendo lo asimilable, ya rechazando lo inaceptable: saber *ver* qué es lo uno y qué lo otro en cada caso concreto, y haber de *decidir* y *elegir* este es el riesgo inevitable en toda vida, riesgo que se

plantea en otro orden o zona más alta igualmente para la vida intelectual, para que la admisión de nuevas ideas no sea una pantalla de progreso que en realidad no haga progresar nada, sino abandonar posiciones valiosas ya poseídas; pero sin rechazar las ideas que sean en realidad susceptibles de una valiosa integración. En este sentido se ha de decir aquí lo mismo que decíamos antes: renunciar a correr *este* riesgo esencial, es renunciar a vivir, pues la vida comporta cierto riesgo esencial; ceñirse a lo estático, sin comprometerse nunca por miedo al riesgo, ya es comprometerse a otra clase de riesgo, que es la posición del no-comprometido. Esquivando tomar toda posición, se ha tomado una posición: la del mediocre.

Que hay muchas veces algo de verdad (y aun mucho de verdad) en el fondo de lo que hoy día se dice, cuando los jóvenes andan repitiendo por ahí que hay que decidirse, que hay que comprometerse, arriesgarse... es evidente. Pero también hay otro sentido que entraña una profunda equivocación de tristes consecuencias.

Acentuando lo que ya hemos indicado, la equivocación es la de tomar el riesgo por el riesgo, como si arriesgarse ya *lo fuese todo, fuese la norma suprema*.

Esto es falsísimo. Arriesgarse es bueno en cuanto da la capacidad para escoger lo mejor; pero sería malo en cuanto que así se escogiese lo peor; sería malo en cuanto cortase la posibilidad de desembocar en lo mejor; sería malo en cuanto se admitiese que esta ley del riesgo es ley única y suprema.

De ninguna manera es así. El bandido que se lanzó al monte para asesinar, robar, violar, para vivir sin ley y contra toda ley, también corrió un riesgo, ¿quién lo duda? Que hay todavía en él cierta grandeza (de sentido negativo, cierto, pero indudable) en su valor combativo, ¿quién lo negará? Pero ¿fue por ello mejor que el que con su elección tomó el camino moral, aunque lo tomase por miedo a arriesgarse? ¿y fue mejor que el que se decidió a fondo y conscientemente por el bien?

Indudablemente, si el hombre no hubiese tomado partido por nada, si hubiese permanecido siempre como niño, no habría corrido el riesgo de ninguna elección; ni el de ser demonio, ni el de ser santo: habría quedado siempre niño. En este sentido, decíamos antes, correr el riesgo supone un perfeccionamiento, contiene una gran belleza: pero no basta elegir, si se elige mal; no basta saber correr el riesgo, si se corre sin ton ni son, como si fuese equivalente el sentido de la palabra *riesgo* al de la palabra *temeridad*. Sí, nacer es un riesgo, pero a veces se ha podido decir: «*bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille*» «mejor le fuera a aquel hombre no haber nacido» (Mt. 26, 24).

En resumen, si riesgo se entiende como equivalente a «temeridad», es un mal; es una equivocación alabarlo; si «riesgo» se entiende como equivalente a «valor de tomar una decisión» es un bien y es acertado su aprecio, pero en este caso no como algo que fuera por sí solo su-

ficiente y norma suprema. O con otras palabras: si por «correr el riesgo» se entiende correr el riesgo «esencial» en toda vida, en toda elección, en toda decisión, es de suyo bueno (supuestas las otras circunstancias); si por «correr el riesgo» se entiende no este elemento esencial de incertidumbre o bivalencia, sino otro elemento «accidental», propio del alocado, del irresponsable, es enteramente malo. O también: si «arriesgarse» es una de las condiciones requeridas en todo hombre de valor, condición que *no es la única y suprema* (la suprema es «elegir para llegar al Bien») sino con sometimiento a estas otras condiciones, entonces correr el riesgo es excelente; pero si se tomase como si fuese la condición única y suprema, como si con sólo arriesgarse ya se hubiese asegurado siempre el éxito, esto sería una triste equivocación, a veces hasta una degeneración.

## IV

Sin embargo en nuestros días está muy difundido entre los jóvenes esta lamentable equivocación. ¿De dónde viene? Habría que examinarlo. Quizá uno de sus principales factores es el escepticismo subyacente, otras veces la supina ignorancia filosófica y teológica. Si se da por supuesto que los dos caminos de la bifurcación terminan ambos en el mismo precipicio, entonces claro está que para ir adelante lo mismo da tomar uno que otro: basta decidirse; así se irá adelante y siempre al mismo término fatal. Pero si uno de los dos brazos abiertos de la bifurcación es el camino que conduce al abismo y el otro al hogar, entonces no basta al caminante con arriesgarse, para ir adelante; hay que arriesgarse «decidiendo bien», arriesgarse «para decidir bien» y llegar a la posesión del término de la buena elección.

Cuando leí el relato de la conversión del famoso Pittigrilli, leí también lo que hacían algunos jóvenes. Tomaban en su mano una pistola de aquel tipo antiguo que tenía el cargador de balas en forma de rueda colocada alrededor de la base del cañón, y que iba dando vueltas para colocar sucesivamente cada una de las balas frente a la entrada del cañón: era el auténtico «revólver». Ponían en el cargador una sola bala; los demás huecos del cargador (por ejemplo nueve), quedaban vacíos. Daba el joven vueltas al cargador de un modo casual, como se revuelven los dados al azar. Se apoyaba el revólver sobre su frente y disparaba. Si por casualidad estaba precisamente allí la única bala, moría; si no estaba, se salvaba. ¿Era acaso acertado cometer este crimen, jugarse la vida a la ruleta, jugarse la eternidad que la sigue, por «arriesgarse»?

Si «arriesgarse» hubiese sido el único y supremo valor, porque la vida no hubiera tenido otro sentido, por lo menos habría menos idiotez en este gesto; pero «arriesgarse por arriesgarse», cuando con



el riesgo puede desembocarse en el sumo mal o en el sumo bien, de una manera irreflexiva, al azar, es una insensatez sin límites.

Me dirán: no todo arriesgarse es este caso extremo aquí mencionado del que se juega la vida a la ruleta.

Es verdad, no es igual; pero es algo parecido. Es algo semejante precisamente en la misma medida en que bajo pretexto de arriesgarse hay temeridad, insensatez; en la proporción en que se toma la palabra «arriesgarse» como norma suprema, como si a causa del escepticismo latente, no tuviera el hombre que «arriesgarse bien» no de cualquier manera. Pero aquél que en las cuestiones doctrinales, de ideas, lanza al aire de modo temerario una doctrina falsa, o peligrosa, o de posibles consecuencias malas, o temeraria, o que empobrece la verdad ya adquirida, etc. y que cuando le dicen que se reporte contesta que «hay que arriesgarse», entonces comete dentro de su ámbito, el ámbito de la terrible responsabilidad de las ideas, una insensatez muy semejante a la de los jóvenes del revólver.

¿Qué hay que hacer, pues, para que sea acertado correr el riesgo, a fin de que sea un bien y no un mal correrlo?

Ante todo amar la Verdad y el Bien. Es hermoso saber «correr el riesgo» cuando esto es condición o medio para poder alcanzar la Verdad, para poseer el Bien supremo al cual el hombre tiende. No como equivalente a canonizar la temeridad, la irresponsabilidad, la insensatez, el desprecio de los valores supremos que rigen la vida moral del hombre.

Pero también hay que añadir (precisamente por amor a la Verdad y al Bien) que esto no significa que no hay que atreverse a nada, ni al riesgo que es esencial en toda decisión típicamente humana, la del hombre de recia personalidad, como fueron tantos hombres grandes, que si hubieran quedado acoquinados sin hacer nada por el sólo miedo de errar y de correr este riesgo, se habrían esterilizado para toda acción grande.

Norma práctica: ¿sale una nueva tendencia, una teoría, la problemática de un nuevo planteamiento, una nueva costumbre? Dos actitudes están equivocadas: la del que apriori, sin examinarla, sin ni querer ver si es un progreso y un verdadero perfeccionamiento sobre la verdad que ya posee, la rechaza, por miedo a toda responsabilidad, a todo riesgo. También equivocada la actitud temeraria, que es la que tiene aquél que por el pretexto de que «hay que arriesgarse» se lanza sin más a plantear dudas, a empujar teorías, a admitir una solución nueva cualquiera que sea, con tal que la moda de entonces la propague, o que el prestigio la ampare. Si uno hace esto ante cualquier teoría filosófica o teológica o escriturística, ¿por qué no lo hace cuando la moda fue la de jugarse la vida con el revólver en las sienes, con una bala colocada en la recámara del cargador? Si fuese consecuente, éste también habría de hacerlo con el revólver, porque aquí también vale la razón de que esto es «arriesgarse». Sí, es arriesgarse, pero es algo más: es un arriesgarse inmoral, porque

si es fruto de presuponer que todo acaba con la vida y por tanto que lo mismo da conservarla que no, ya ha admitido con ello una falsedad y un presupuesto inmoral; y si lo hace sin negar la responsabilidad eterna de la propia vida, pero lanzándose a pesar de ello, entonces es inmoral cuando desprecia la obligación de no ser temerario en su conservación: «no matarás». Pero también la pluma actúa a veces como puñal, y no pocas veces ha matado más que los cañones, porque ha sido la fuerza interna que los ha movido. Y si es malo que el soldado huya cobardemente de la batalla cuando habría de defender a su patria de una horda salvaje, por «no arriesgarse», también es inmoral que el mismo soldado se ponga el revólver en la sien «por arriesgarse».

Si se presenta una teoría nueva y el hombre examina cuidadosamente su contenido, movido por un amor profundo e insobornable a la Verdad; si comprueba cuáles son las verdades previas que ya posee; las normas de juicio de que ya está en posesión, a fin de descubrir a su luz si la nueva moda será un enriquecimiento o una veleidad; si después de excluir por su parte el riesgo de la temeridad, se decide finalmente a tomar una decisión, sin espantarse de que a pesar de poner de su parte todos los medios de que dispone pueda errar como hombre que es, entonces procede rectamente atreviéndose a ir adelante a pesar del riesgo aquél que es esencial en toda decisión.

Pittigrilli, a quien antes he aludido, ¿no escribió acaso al convertirse «La gran aventura?» Y ¿quién ha corrido más hermosa y mayor aventura que la de aquél que ha hecho de su vida una búsqueda de la Verdad y del verdadero Bien, sacrificándoles todo lo presente y rehusando caer en una vida vulgar? Este es el verdadero riesgo, cuya presencia no está reñida con la gran misión del Filósofo Cristiano.

J. ROIG GIRONELLA, S. I.

*Facultad de S. Francisco de Borja  
(San Cugat del Vallés).*